

EL MOSAICO.

PERIÓDICO LITERARIO I DE COSTUMBRES.

Año I.

Santiago, Setiembre 15 de 1860.

Núm. 9.

EL MOSAICO.

SANTIAGO, SETIEMBRE 15 DE 1860.

Destino de nuestra poesía.

VIII.

Después de los dos grandes poetas que hemos nombrado, es forzoso hablar de los dos hermanos Arjensolas, quienes se ligan a los anteriores por la hilación histórica de la poesía. Sin embargo, el género de sus escritos es diferente, así como lo es el carácter de su jenio i lo es, asimismo, el juicio que la posteridad ha formado de ellos.

Efectivamente, ¿cómo comparar el fuego, la vivacidad, el estro sevillano de Herrera i Rioja con la fría circunspección i el mesurado i sentencioso decir de estos dos Aragoneses? Cuando se medita que sus contemporáneos los apellidaron *los Horacios*, sin más razón que las graves i a veces mordaces sentencias en que ambos abundan, sin más motivo que el diestro manejo que habían hecho de la lengua, i, sobretodo, por ser patrocinados por el Conde de Lemos, que los protejió tan jenerosamente; uno se vé obligado a pensar que el famoso siglo de oro no andaba escaso en jactanciosos calificativos, ni dejaba llevarse menos de la posición social para conceder los laureles de la fama que lo que puede i ha podido el siglo en que vivimos.

Con todo, el juicio recto, el acendrado gusto jamás faltan a estos poetas, en quienes puede verse que la razón ayudada del estudio, suple muchas veces al ardor de la fantasía i usurpa en muchas ocasiones el premio que se debe al verdadero vate.

Como consecuencia de su espíritu concentrado i meditativo, las reflexiones morales de que están atestados sus innumerables sonetos, son a veces altas, trascendentes i hacen por lo mismo que se les escuche con gusto, aun en lo que sabemos todos por propia experiencia.

En la poesía lírica son fáciles, cultos, injeniosos, dice don Manuel Quintana; pero jeneralmente desnudos de entusiasmo, de grandiosidad, de fantasía. Ciertamente que nada hai más verdadero que este juicio, tanto más

respetable cuanto que el que lo daba estaba más que nadie a la altura de saber apreciar lo que son los raptos del corazón i los vuelos de la fantasía. Con solo leer unos cuantos versos de Bartolomé i Lupercio nos convenceremos de esto: razón, estudio, elocución fácil i castiza, un lenguaje jeneralmente robusto, lleno, una versificación casi siempre bien torneada, elegante, valiente, i paremos de contar. Lo que es vida, lo que es ese ardor del poeta que hace al lector olvidarse de la persona i lo impele a que lo siga por el dilatado vuelo de su jenio, a que lo acompañe en sus transportes, a que le haga coro con sus lágrimas, todo esto, decimos, es imposible hallar en los dichos literatos, no importa cuanto de ellos dijeron sus contemporáneos ni cuantos elojios exajerados merecieron de Lope de Vega i de Cervantes.

En la sátira es donde más luce la vena poética que tenían, pues, como sabemos, la crítica de los vicios, la pintura del ridículo, que casi siempre acompaña al hombre hasta en sus hechos más dignos de alabanza, no necesita de tanta fantasía como de rectitud de juicio i elevación de sentimientos.

Pero aun en esto, todos los primeros críticos están acordes en negarles la valentía de Juvenal, a quien quisieron copiar especialmente i la concisión i verdad de Horacio, modelo que adoptaron en la forma, i modelo a que, como ya lo hemos dicho, no se tuvo reparo ninguno en compararlos.

En la sátira de la *Marquesilla* de Lupercio, está probado lo que asentamos: su inútil introducción, i, más que esto, esa prolija narración de cuentos que nada dicen, añéanla de tal manera, que no creemos que haya aficionado a la poesía que la haya leído toda entera sin acusar de demasiado aliento al poeta para la enumeración de verdades que habrían cabido, sin perder nada, en unos cuantos renglones.

Igual cosa dirémos de Bartolomé cuando se dá a fabulista, cuando en su apólogo del Águila i la Golondrina se echa a nadar en una descripción tan minuciosa como cansada de las aves, la que solo vendría bien en un libro de zoolojía i no puede menos que importunar en una composición poética.

Para la sátira, dice el mismo Quintana, es

preciso hacer flechas: es necesario que los dardos hieran i vuelen; i esto cabalmente es lo que no quisieron o no pudieron observar los acompañados escritores, que segun Cervantes i Lope habian venido de Aragon a enseñar el castellano a los discípulos de Garcilazo i de Herrera.

Pero en medio del ripio de los pensamientos, de la cargazon de las sentencias, uno pudiera ver siquiera indignacion contra el vicio, entusiasmo i alabanza por la virtud, ardor aunque fuera postizo para escitar a seguir los buenos ejemplos i retraerse de la mala senda; pero nada de eso, doctrina sobre doctrina, sentencia sobre sentencia es solo lo que hallamos en las tales sátiras, en que ni se columbra siquiera el nervio de los modelos que quisieron imitar, ni de las que se puede sacar ningun pasaje para ponerlos en parangon con las del mismo Quevedo, a pesar de lo afeadas que están casi todas por sus innumerables adesios i chocarrerías.

Los sonetos que tantos admiradores han tenido i tienen, lo que es por nosotros, podemos asegurar que jamas nos han hecho la menor impresion, i que por lo mismo creémoslos mui inferiores a los de Lope, Quevedo, del propio Góngora cuando éstos no se apartan de la senda del buen gusto.

Lo mas estraño es que estos gemelos en gloria, fuéranlo tanto en el jenio i el carácter de sus obras. Bien Lupercio dé preceptos de moral, fundándolos solo en la razon, bien Bartolomé entronque sus sentencias con ideas relijiosas i máximas sacadas del espíritu del cristianismo, siempre los dos hermanos son los mismos: idéntica frialdad, igual reserva, igual medida, como iguales, i siempre dignos de alabanza, por el mismo apurado gusto i la misma campanuda elegancia.

Por fin los Arjensolas si no son para nosotros lo que fueron en su tiempo, si no son en realidad poetas dignos de colocarse a la altura de Rioja, etc., etc., siempre tendrán un valor alto en la historia de la poesía i mucho mayor precio para nosotros, que tanto abandonamos las reglas no solo de la gramática sino las mas esenciales del gusto i mas indispensables para todo aquel que aspira a penetrar en el santuario de las musas.

Discípulo del menor de éstos fué don Estevan de Villegas, jóven de ingenio i admirables dotes poéticas, cuya aparicion en la lisa de la literatura fué entónces una novedad por no decir un verdadero escándalo. Realmente el atrevido que al frente de sus eróticas se representó segun Quintana, como un sol que debia apagar con sus rayos todas las estrellas que lucian en el cielo de la literatura llevando el lema

Sicut Sol matutinus: me surgente quid istæ?

¿cómo no debió obligar a que sus coetáneos pusiesen el grito en el cielo i lo acribillasen

a fuerza de pullas i sarcasmos? Sí, la aparicion de aquel petulante mancebo que pretendia, aun ántes de ser conocido, hacer correr despavoridos a Cervantes, a Lope, a Góngora, etc., no pudo ménos que ser un escándalo, i tanto mas capaz de sorprender la atencion jeneral cuanto que la reputacion de los poetas de entónces, i la de Lope especialmente, pasaban ya como en autoridad de cosa juzgada.

Sin embargo, en medio de tanta osadía, de tanta presuncion ridícula divisóse desde luego que habia en el alma del que se decia *sol de los ingenios*, esa chispa sagrada que mui pocos consiguen hacer descender del cielo, i la que ha dado lugar a que se califique con justísima razon a la cabeza que la sustenta con el altivo dictado de *mens divinior*.

La anacreóntica que forma un ramo separado de la poesía lírica, hasta Villegas no habia tenido en España un intérprete, i eso que Garcilaso, Herrera, Rioja, i los Arjensolas habian sido mui capaces de amoldar su númen al diapason del lírico griego. Esta ya era una ventaja, i por esto solo se concibe que el nuevo adalid, apesar de todas las críticas que habia hecho fulminar sobre su cabeza, obtuviese un lugar en la poesía que de cierto nadie se atreverá a disputarle sino Melendez.

En sus *Delicias* que como él mismo dice:

A los veinte limadas,
A los catorce escritas.

hai en realidad una dulzura i elegancia que admiran; hai en fin en sus versos un no sé qué de sencilla ternura que lleva hasta disculpar al que se habia tan enfáticamente calificado como el astro rei de todos los poetas. La pintura del pajarillo, a quien un labrador arrebató el nido tan amado está llena de uncion, i el final de ella es una pincelada que la querrian para dar remate a sus cuadros los primeros poetas.

Apesar de esto, mil equívocos de mal gusto, mil pensamientos alambicados, mil agudezas forzadas i retruécanos tan sùtiles como empalagosos vienen a afean de tal modo tantos bellos versos, que uno no puede ménos que lamentar i atribuir este estravio a la corta edad i al jénio jactancioso que habia recibido de la naturaleza. El mérito de sus anacreónticas, fuera de los lunares que hemos señalado como comunes a todas sus composiciones, es sin embargo indudable, i a él debieron estar agradecidos los que mas tarde lucieron su vena poética en este jénero tan encantador como difícil. Como era natural, la falta de erudicion, de manejo de la lengua, de conocimientos poéticos, en una palabra, fueron causa de que no pudiese sacar iguales ventajas de la poesía grande, es decir, de la oda, elejia, etc., como habia logrado del jénero corto. I esto se explica perfecta-

mente, pues la facilidad i destreza que requiere la versificación de tan alto jénero, como asimismo la profundidad de que debe estar animado el poeta, no eran compatibles con la extrema juventud de un mozo, cuyo carácter petulante i ardoroso parecían desviarlo de un estudio sério i concienzudo.

No contento con tocar los metros en que Herrera i Rioja habian dejado modelos, no decimos superables, pero ni aun capaces de ser imitados, tuvo la pretension de querer aclimatar en la poesía castellana el hexámetro i el dístico latino. Por supuesto la diferencia de los idiomas, la índole de la sintáxis castellana no se prestaban a esta aclimatacion; así no es extraño que los ensayos de estos nuevos metros fuesen tan desgraciados que despues de él no tenemos noticia de que haya contado con secuaces en este pensamiento.

Asombra en verdad que el terceto, la silva, la octava, todos los metros en fin, en que habian lucido los primeros poetas italianos pareciésenle cortos todavía, estrechos para dar salida a su inspiracion, a las ideas de una cabeza, que no podemos suponer, por bien organizada que la creamos, capaz de concebir nada de nuevo despues de lo que habian dicho sus antecesores.

Es verdad que en los *sáficos* nos ha dejado muestras preciosas; pero con todo, i apesar de la analogía que tienen con los endecasílabos, no ha tenido hasta ahora sino mui pocos imitadores, i eso no felices jeneralmente, ni bien apreciados sino por mui pocos, a causa de su estremada dificultad, de su embarazo, que por cierto no compensa las bellezas que pueda sacar de ellos el oido mas ejercitado.

Por ese entónces principió a jeneralizarse en la poesía castellana el uso del *romance*, el cual no era otra cosa que las antiguas coplas en que se cantaban las hazañas de los caballeros andantes.

Acrisolada la lengua a fines del siglo XVI, enriquecida la mente del vate con todos los conocimientos que se habian logrado en la literatura i en la ciencia, es claro que pulidas las toscas e informes producciones de los primeros siglos de la poesía pudiesen presentar se éstas como modelos dignos de imitacion.

Fuéronlo así en realidad i los *romanceros* que por entónces se publicaron, fueron como la pauta que tuvieron delante los que quisieron continuar la verdadera poesía lírica castellana. Destinados al canto, i por eso propiamente líricos, preciso era que la fluidez, la elegancia i la armonía fuesen mui superiores en este jénero de composicion.

Por otra parte, lo dramático de la forma dábales, no obstante que no puedan competir en elevacion con la oda i la cancion, un interés, que no pueden tener estas, i que los hace por lo mismo tan populares i tan atractivos.

La historia de España mejor que la de ningún otro pueblo podia prestarse a ser explotada por el romance: su civilizacion, mitad arabe, mitad goda, es indudablemente un manantial perenne de inspiracion, cuyos raudales lejos de haberse agotado todavía, estan siempre llenos i copiosos para el que se sienta dotado de estro.

¿I cómo no podrá ser así? La dominacion de los Arabes habia impreso en el carácter una fisonomía propia cuyos rasgos se sienten i parecen hacer un contraste mui marcado con el jénio de los habitantes de las provincias en que la media-luna no pudo echar abajo la cruz i poner en vez del Dios de los cristianos la cimitarra de Mahoma.

Los pueblos meridionales de España que habian adoptado las costumbres arábicas, que eran árabes ya por que en sus venas corria unida con la sangre de Pelayo la sangre de los Boabdiles ¿cómo era posible que dejasen, de encontrar material en su propia historia, de suyo tan graciosa i poética, para dar ocupacion a la fantasía? De aquí viene que los romances se dividieran en moriscos i pastoriles i que la poesía, ataviada ya con la pedrería de la diadema despedazada de los moros, ya con las flores de los campos, tomase ese color tan dramático i brillante i ese perfume, puede decirse así, que llega hasta a retratar a los sentidos el aroma de los jardines.

Disfrazado el amator de Zegrí o Abencerraje, era necesario que cantase a su amada trovas propias de un Almanzor o un Aliatar: era preciso que sus endechas, bien se preludasen en el harpa o en la vihuela, fueran tan transparentes como el firmamento i tan suaves i voluptuosas como los ojos de una odalisca.

Sino contento con esto, queria cantar como los pastores al son de la zampoña, era así mismo forzoso que sus cantos tuviesen el embeleso de la tranquilidad del campo, la verdura de la primavera, los fuegos del estío i el encanto de la naturaleza ornada de todo su lujo, ora en los mas erguidos árboles i empinadas montañas, ora en la corriente torrentosa de sus rios i las tranquilas linfas de la laguna.

Los que debemos a Lope bajo el pseudónimo de Belardo son los mas hermosos que tiene la lengua castellana, i eso que Góngora tiene algunos tan bellos que parecen no dejar nada que desear al mas descontentadizo i frio de los lectores.

Aquel en que éste pinta los caprichos de la fortuna i la volubilidad de los goces, la rapidéz de la vida, lo quimérico de la esperanza, la persistencia del mal tan apegado a la humana naturaleza como la hiedra al olmo que la sustenta, es de una galanura, de una lozanía, de una elegancia tan pura, que puede

leerse mil veces con placer i siempre con aprovechamiento. Pero cuando este jénero de composicion llegó a su apojeo fué en la época, segun lo asienta el autor que hemos citado, en que Lope de Vega, Liaño i otros desconocidos, no se habian dejado arrastrar todavia por los errores del mal gusto. «Esta época, añade el mismo Quintana, comprende la juventud de Góngora i de Quevedo i termina con el príncipe de Esquilache que fué el único que desde ellos acertó a dar a los romances el colorido, la gracia i la lijereza que ántes tuvieron.»

Sin embargo, a pesar de la soltura que se habia logrado imprimirle, la corrupcion jeneral del gusto, las malas doctrinas literarias que comenzaban ya a inficionar la poesía, hicieron que su elegancia i gracia degenerase en desaliño, en trivialidad, no obstante los juegos de palabras i equívocos conceptuosos con que se pretendió mantener su dignidad i elevacion. Así es que los poetas que terminaron aquella época, aunque mas fáciles i numerosos en su diction i mas orijinales en el pensamiento, introdujeron en ellos los vicios que despues enlodaron la poesía en jeneral o, mejor, la sepultaron a fuerza de querer rejuvenecerla con malos alimentos i peores i mas ridículos atavíos.

Existian en esta época los tres hombres que al parecer jeneral han reunido mas fecundidad, mas viveza mas inspiracion para colorir sus impresiones. Eran estos Balbuena, Jáuregui i Lope de Vega.

El primero, autor del famoso *Bernardo* i de *Siglo de oro* era en realidad todo un poeta.—Imajinacion ardiente, corazon jeneroso, facilidad para esplicar lo que sentia con coraje, con osadía, un don, como mui pocos pueden poseer, para dar animacion a los objetos materiales: todo, en fin, lo que se necesita para ser un verdadero poeta se encontraba en este hombre, contra quien se han encarnizado Hermosilla, Marchena i otros críticos por supuesto mui inferiores en jenio al hombre a quien despedazaron.

Educado en el nuevo mundo, respirando desde temprano ese aire que solo un suelo como el Americano puede despedir de sus flores: contemplando desde niño las mas fragosas sierras los mas caudalosos rios, los árboles mas frondosos, la vejetacion mas copiosa, en fin, que tiene el globo; es natural que se inspirase de una manera mas ancha, mas irregular, ménos acompasada que los demas.

En efecto, desde la montaña hasta la floresta, desde el mar hasta la laguna, desde el mas cultivado i pintoresco collado hasta los páramos mas desnudos i desconsoladores han debido inspirarle: sí, lo inspiraron, i tanto, que en medio de su rica i copiosa rima, de su a veces elegantísima diction, parece un

americano que quisiese cantar los prodijios de la naturaleza de nuestro continente en robustos i bien torneados versos castellanos.

Que el *Bernardo* tenga escenas larguísimas, descripciones importunas, que en él se encuentren metáforas que el buen gusto repugna, versos cuyo descuido i desaliño afean las muchas e innegables bellezas del poema, que todo esto i mas pueda achacársele por los preceptistas ¿qué es esto, preguntamos, al lado de las mil bellezas, de las mil preciosidades que podemos ver en esta obra que se apellida monstruo por los clásicos, i que nosotros tambien clasificaremos con el mismo nombre, pero no para motejarla con ese rigor sino para decir que no debe sujetársela a esa cama de Procusto, en que Zoilos como Hermosilla se han complacido en cortar los robustos miembros de tanto atleta, rabiosos de no dar siempre con compuestos i amanerados pigmeos?

Al lado de éste es menester colocar a Jáuregui, al donoso traductor del *Aminta* al poeta florido i versificador elegantísimo que supo espresar sus delicados pensamientos quizás con mas donaire que sus contemporáneos.

Pero éste desgraciadamente como Balbuena debieron rendir parias a la moda, pagar ese tributo a la miseria de la sociedad, que llega en su delirio muchas veces hasta tomar por belleza lo que la rompe de frente i a huir del buen sentido para echarse en brazos de las mas repugnantes locuras.

Pero quien debe hacernos deplorar este abuso del jenio o esta sujecion a la corriente muchas veces tortuosa que la sociedad impone hasta al sabio, es Lope de Vega.

Ciertamente la naturaleza habia concedido a este hombre extraordinario cuanto podia conceder al mas querido de los mortales. Entre sus innumerables dotes de poeta habíale dado la facilidad de escribir lo que queria i cuanto queria a todas horas i en el tono i lenguaje que le placiera. De manera que desde el idilio i el romance podia remontarse a la cancion i la oda con el mismo vigor que nos cuentan tenia la Malibran para hacer correr su voz por todo el teclado del piano.

Sus obras son infinitas, i por lo mismo serán mui pocos los que hayan leído una cuarta parte de ellas. Cuando se medita que escribió mil comedias, que hizo por millares sonetos, canciones, odas, romances; que su pluma no descansaba un solo instante: que ya creaba como un ingenio superior i era el modelo mas perfecto de buen gusto; i ya traducia i se entregaba despues a los mayores desbarros; uno no puede ménos de sorprenderse i llegar hasta creer que el buen sentido no es el patrimonio del poeta. Pero no es así, la sociedad en que vivió, los aplausos muchas veces tan funestos

como sus censuras, echaron a perder el talento de un hombre que sin sus defectos no tendria en nacion ninguna con quien se le igualarse.

El mismo esplica la causa de sus descarríos: el mismo con una franqueza que le honra dice en su egloga a Claudio.

Si no me embarazara el libre cuello
De la necesidad el duro yugo,
Por lo que al cielo plugo,
Yo viera en mi cabello
Algun honor que a la verdad se debe
Que diera verde lustre a tanta nieve.

Del vulgo vil solicité la risa
Siempre ocupado en fábulas de amores :
Asi grandes pintores
Manchan la tabla a prisa.

Estos versos citados por Quintana i otros críticos, prueban de sobra lo que decimos, i hacen ver que la moda, como lo hemos repetido, vicia tambien los mas esclarecidos ingenios.

.....i pues lo pide es justo
Hablarle en necio para darle gusto.

Asi exclamaba tambien en otra parte, i asi podrian exclamar los autores modernos que manchan como él, o mas que él, la dicha tabla; pero con todo, nunca bastará decir esto para escusarse de no haber sabido sacar todo el partido que se hubiera podido de un talento de primera nota.

Para el siglo XVI, en que se podia escribir despacio, por cuanto la necesidad no podia ser tan urgente como lo es en el dia para los literatos, es, sin embargo, una mayor culpa que para el nuestro. Pero, apesar de esto, nosotros no podriamos invocar esta disculpa, pues, como se sabe, ni nadie gana con las letras en nuestro pais ni mucho ménos el poeta, a quien considera la sociedad o como un vagabundo o como un loco.

¡Felices tiempos aquellos! Lope vivió riendo, apellidado el fénix de los injénios: los monarcas i los grandes lo honraron con su admiracion: el pueblo lo aplaudió hasta el cansancio, i sus funerales fueron una completa ovacion, un verdadero triunfo.

Se escribieron tomos de versos en su honor; las musas francesas e italianas se dieron la órden de luto, i la España despótica, por fin, no se desdeñó de llorar por el que la habia encantado con sus acentos.

¿Harian otro tanto nuestros gobiernos Republicanos? El poeta, si es pobre, vive despreciado, desconocido, calumniado, i despues de sus dias tiene que ir a dormir en la zanja sin haber hallado un eco solo de consuelo ni ménos encontrado una mano bienhechora.

Los condes de Lémos no existen ; tambien es verdad que no hai Cervantes ni Arjensolas; pero, con todo, siempre hai jenio, i no divisa-

mos otra palma para él que el hambre i el abandono.

Quintana estuvo prófugo de su patria, Melendez murió en Montpellier, Marchena, como él lo dice, vivió aherrojado largo tiempo en un calabozo i Larra puso fin con una pistola a su desdichada existencia. Siquiera ellos fueron felices: mas felices que nosotros, pues los Americanos, como dice Feijóo, morimos de olvidados por la ingratitud i la ignorancia.

M. BLANCO CUARTIN.

(Continuará.)

Nos hacemos un honor en dar un lugar en nuestras columnas al sentido soneto que ha tenido la amabilidad de remitirnos la señora doña Mercedes Marin del Solar.

Al publicar esta bonita produccion de nuestra célebre i querida poetisa, hemos juzgado que el público tendria un placer en su lectura.

Conocido es el talento poético de nuestra compatriota i conocido tambien el aprecio que hacen de sus versos los aficionados a la poesía.

En este concepto, no tenemos que recomendar esta composicion, sino contentarnos con manifestar a la amable señora, objeto de estas líneas, la gratitud que nos ha inspirado con su grato recuerdo.

Reciba, pues, la señora doña Mercedes Marin la manifestacion mas sincera de nuestro reconocimiento; i sírvase honrar en adelante las columnas de nuestro periódico, con cualquiera de las muchas preciosidades que yacen escondidas en su escritorio.

A MI QUERIDO PRIMO

Don Ventura Blanco

ALGUN TIEMPO DESPUES DE LA MUERTE DE SU HIJA LUISA.

Bella como la aurora esplendorosa,
En el primer albor de la inocencia,
La que embeleso fué de tu existencia,
Te arrebató la suerte rigorosa.

¿Dó están ahora aquella faz graciosa,
Ojos divinos i gentil presencia?
Solo una imájen muda, una apariencia
El pincel te dejó de tu hija hermosa.

Dió al mundo de desden una mirada
Luisa, i dejando los mortuarios velos
Ocupó de los justos la morada:

Mensajera de paz i de consuelos,
Ella abre a la familia idolatrada
El magnífico alcazar de los cielos.

MERCEDES MARIN DEL SOLAR.

El loro i el provincial.

FÁBULA.

Un padre capuchino,
 (Cuyo nombre no sé ni me imagino,)
 Me cuentan que tenia
 La mui rara mania
 De comprar cuanto loro
 Trajéranle, aunque fuese a peso de oro.
 De manera que el padre reverendo
 Su celda convertía
 En una lorería.
 (Que no pase el vocablo estoi temiendo.)
 Compró pues entre mucho
 Lorito mui pintado,
 I mui mejor hablado,
 A un loro ya machucho,
 Que, segun se decia en el convento,
 Habia navegado,
 La vuelta al mundo dado,
 I era en saber idiomas un portento.
 El padre, por supuesto,
 Casi perdía el tino,
 Si el lego frai Modesto
 No le daba en ayunas sopa en vino,
 I no le acariciaba,
 I a leer el Nebrija le enseñaba.
 Como buen hablador, aprendió luego
 A decir *quis vel qui* con mucho fuego;
 De modo que al convento edificaba
 Cuando en latin rezaba,
 I leía el brevario
 Lo mismo que mi padre Candelario.
 Los frailes capuchinos, mui ufanos
 Al ver su habilidad, se propusieron
 Dar un convite a los dominicanos;
 I para tal hicieron
 Aprendiese el lorito
 (En el hablar sin coto)
 A leer en alto grito
 Dos conclusiones del sutil Escoto.
 El banquete servido,
 El provincial al loro tan sabido
 Dícele al fin: *legite*;
 I al comenzar el loro remilgado
 A hablar como un doctor examinado,
 No pudo ménos de esclamar frai Diego:
 ¡Qué portento, Jesus! ¡qué dulce fuego!
 Atónitos oian el discurso
 Aquellas reverencias
 Sin soltar el aliento,
 Cuando el loro un momento
 (Con asombro de todas las conciencias)
 Cambiando a su oracion súbito el curso,
 Principia a reventar en maldiciones,
 I a llamar a los frailes de bribones,
 Ensartando de paso los refranes
 I desvergüenzas que aprendido hubiera
 Del soldado primero a quien sirviera.
 ¿Qué dices, deslenguado?
 Pregúntale frai Pedro Regalado,
 ¿Es esta la oracion, esta la loa

Que te enseñó el hermano Juan de Roa?
 I el loro sin cuidarse
 Del tremendo alboroto
 Votaba cual pudiese un marinero,
 I en tono zalamero
 Llamando a su señor mi frai poroto,
 I con otros apodos mas punzantes
 Tratando a los mas serios circunstantes.
 Que me traigan un huevo mui caliente,
 Exclama avergonzado
 Nuestro padre prelado,
 Para quemar la lengua al maldiciente;
 I así hubiera, lo creo. sucedido
 Si un padrecillo alegre i advertido
 : No dijera : Señores,
 A qué tanta algazara
 Porque el loro declara
 Mejor que los doctores:
 Que aquel que malas mañas ha tenido
 En ninguna ocasion las ha perdido.
 I leyendo este cuento ¿No habrá alguno
 Que traiga a la memoria al importuno
 Plebeyo vil del cieno levantado
 A quien mira, a pesar de estar trepado
 Al escalon primero,
 Proceder de manera
 Que señal de su cuna da certera
 I recuerda que fué sastre o barbero?

El despotismo i la libertad.

Despues de mil tormentos por castigo
 Llegó un bajel de Europa,
 Que despues de correr sin viento en popa,
 Sin encontrar al norte un pueblo amigo,
 Tranquilo suelta en este mediodia
 La miserable carga que traia.
 Era ésta solo un asqueroso viejo,
 Pálido, descarnado,
 Que, siendo de aquel mundo desterrado
 Por haber usurpado hasta el pellejo
 De todo pueblo que le diera abrigo,
 Busca poder huyendo del castigo.
 Por supuesto la América inocente
 Hospédalo afanosa,
 I al cabo de algun tiempo sed rabiosa
 De sangre fraternal, bárbara siente.
 Abate, en fin, como huracan deshecho
 Virtud, justicia, probidad, derecho.
 El *despotismo*, huésped maldecido,
 Recorre entonce el mapa
 De la infeliz América que atrapa
 El contagio del virus corrompido;
 I ostentando su crimen sin misterio
 Proclámase señor de este hemisferio.
 La *libertad*, en tanto guarecida
 En la América Inglesa,
 En vano en dar ejemplo se interesa

Pues está nuestra tierra ya perdida;
I con agudo grito, ardiendo en saña,
Repíte maldición! maldita España!

La *libertad* no dice lo que siente,
O dice una mentira;

Pues si esta pobre América suspira
Por alzar hasta al cielo su ancha frente
I lograrlo no puede; es porque el día
Nace radiante tras la noche umbría;

I no hai bien en la tierra que primero
No sea pena i llanto,
Sémilla de dolor i de quebranto
Que da despues el árbol hechicero
De *libertad*, a cuya sombra pura
El jenio nace i el saber madura;

I cuyo ambiente solo a la malicia,
Al crimen, la falsía,
A la torpe i sañuda tiranía
Derrocan, i renace la justicia,
Como del caos la lumbrera eterna
Que los mundos contiene i los gobierna.

M. BLANCO CUARTIN.

Viaje sin moverse de la cama.

POR DON PACIENTE DE LA VERDAD.

CAPITULO IV.

De lo que son los poderes públicos en el mundo de los sueños i de lo que son los sueños sobre los poderes públicos.

Despues de haber almorzado opíparamente i de haber hecho una *tualeta* enteramente Chilena, es decir despues de haberme calzado, propiamente hablando, unos guantes color patito i puestóme un chaleco lleno de bordados i jeroglíficos artísticos; lo primero que hice, para compensar la mala noche que habia pasado, fué dirijirme al gran palacio del Cuerpo Lejislativo. Por supuesto, el aspecto imponente del edificio me llamó la atención, i tanto que mas de uno dijo, creyendo no ser oído: el caballero éste debe ser americano. Como no habia allí nadie que me impidiese la entrada, coléme de rondon en la vasta sala de las sesiones; pero como la multitud se agrupaba invadiendo hasta la celda de los taquígrafos, contentéme con estar de pié, dando por mui bien empleado este planton que me permitia ver la reunion de aquellos señores. Digo esto, porque todos esperaban que los senadores se reuniesen para tratar ese día de una lei que, segun la opinion de aquella muchedumbre, debia decidir de la suerte del pueblo.

Como el tiempo corria i los tales señores senadores no parecian, preguntéle a uno que se hallaba a mi lado por el motivo de aquella tardanza, i me contestó que era porque aquellos venerables padres conscriptos estaban haciendo las once. Por fin, al cabo de un largo rato de espera, que me permitió examinar a mi placer aquel vasto i suntuoso salon, una voz del oficial de sala (por cierto que era tartamudo) resonó dulcemente con estas palabras: *ya hai número*.

Acto continuo de este anuncio, veo desfilas por las puertas laterales del salon a unos viejos encapados i cubiertos de un bonete semejante al de los cucuruchos en cuya punta sonaba un cascabel, los cuales, despues de haber hecho una reverencia al presidente de la reunion, fueron a sentarse en sus respectivas poltronas. Oh! me dije: estos son los Lores de Inglaterra: sí, aquel es Lord John Russel, este Lord Palmerstonne, en fin, le repetí a mi colateral, ahora verémos si la aristocracia Británica es lo que me cuentan. Ya verá usted! fué la sola respuesta de esta frase, un si es no es atrevida, i sin decir yo ni nadie la menor palabra, pusimos todos nuestros cinco sentidos en aquella tan interesante funcion lejislativa.

Despues que se leyó el acta, que duró hora i media, tiempo en que ningun Lord hizo otra cosa que toser i sonarse, el presidente abrió majestuosamente la sesion en nombre del Espíritu Santo, sin duda para que los iluminase en sus acuerdos.

La lei que estaba en tabla no tenia mas que un artículo; pero al oirlo no hubo nadie que no suspirase i tiritase como un azogado.

Efectivamente, el tal artículo era terrible i espantoso. Para que juzgueis si era natural el susto de que nos hallabamos todos poseidos quiero repetíroslo al pié de la letra. Decia así.—Artículo único. «Se le cortarán las narices i se le picarán los ojos a todos los que desde esta fecha hablasen en contra de los beneficios de nuestras liberales instituciones. Se comprende bajo esta prescripcion no solo al que hablase mal sino al que oyese i hasta la madre del que habló i el abuelo del que escuchó. Resérvase todavia a la justicia ordinaria los recursos que ella tiene para castigar los delitos sujetos a su dominio.»

Como era natural, cuando el Presidente de la Cámara dijo que la lei estaba en discusion jeneral, yo recuerdo que un sudor helado me cubrió de piés a cabeza i que un temblor casi convulsivo me hizo castañetear los dientes como un negro helado. Sí, yo temblaba, ya no veia; pero esperaba siquiera que alguno de aquellos Milores se levantase de su asiento protestando contra aquel bárbaro monumento de ferocidad. Así pues, en medio que el susto embargaba mi voz, una especie de secreta confianza parecia hacerme esperar un resultado favorable. Pero no fué así: porque al cabo de leer el artículo cinco veces el secretario, uno de los Pares exclamó: yo pido porque se le agregue este inciso: «toda persona que hubiere sido mutilada por la infraccion de esta lei no podrá ni heredar, ni testar, ni votar en las elecciones, ni contratar, ni dar nada a nadie, pues desde ese acto sus bienes pertenecen en dominio absoluto al fisco.» Al acabar de decir esto el opinante, otro que estaba en frente, i que yo tomé por Lord Liverpool, dijo que el proyecto era magnífico; pero que seria bueno que se entendiese un poco mas, es decir, que la lei se dilatase a medida que el culpable se achicase; i que por lo tanto opinaba porque pasase a una comision compuesta de tres Lores los mas caracterizados de la sala. Esta opinion dió motivo a una corta discusion; pero inmediatamente, i cuando ménos se pensaba, el Presidente dice: señores a votar. Al oír esto lánzanse los oradores de sus sillas i tomando de la mesa cada uno unas bolitas, fuéronlas depositando en la urna con el mayor cui-

dado. Concluida esta ceremonia, el secretario fué poniendo las bolas en orden i diciendo en alta voz el color que tenian las tales. Como era preciso, cada palabra del dicho secretario heria mis oídos como un punzon, así apénas pude percibir cuando el presidente dió la voz de *aprobado por unanimidad: veintidos bolas blancas a favor del proyecto.*

¿Qué es esto, señor, me dijo el compañero que ya te he dicho: qué es esto, señor? ¿Ha visto usted una cosa mas singular? Cómo pues ha sucedido este prodigio? Ah! amigo, le dije, haciendo se entiende de tripas corazon: la lei es un modelo de leyes: sí, señor, es magnífica; pero yo lo que quiero es irme de aquí.

Eso ya lo sabemos, amigo mio, me replicó; pero lo que hai en el caso no es eso: lo que yo admiro no es la bondad de la lei, que esa ya todos la conocemos, sino eso de las veintidos.

—¿Qué veintidos, hombre?—Como! ¿Qué! no lo ha oido Ud.?—No señor.—Pues dónde tiene usted las orejas.—¡vamos, qué?—Que han echado veintidos bolas, hombre, siendo solo once los senadores, es decir, no debiendo echar cada uno sino una.—En efecto, le dije: eso es milagroso; pero no me habia sorprendido, le diré a Ud. porque imaginaba que en esta tierra, cada senador podia echar una docena, segun la multitud de ellas que veo en esta reunion.

Por fin, dada la señal de que la sesion se habia levantado, la multitud hizo resonar el aire con unos hurras, que, te aseguro, parecian salir del corazon i que, segun me pareció a mí tambien, me arrancaban el mio de raiz.—¿Qué es esto, me dije? ¿Es esta la Inglaterra que yo me soñaba? Es esta la tierra que dicen de la libertad, i que debe ser presentada i se presenta a las demas naciones como modelo? Oh! Dios mio, qué desengaño! Hasta la cara de los Lores me ha parecido fea.—En efecto, me repetí, ¡cuando yo me figuraba que todos eran bellos, que venian vestidos con sus mantos reales, llevando en la pantorrilla la famosa liga i teniendo sobre su muslo aquella corona que es el símbolo de la grandeza de la Gran Bretaña!—Pero ¿qué es esto Dios mio! ¿Es realidad lo que miran mis ojos o solo un sueño horrible, hijo de mi delirio? Mientras yo decia esto interiormente, los dichos Lores pasaban delante de mí, cubiertos con sus mismas capas i con el cucurucho que ya he dicho. Yo recuerdo que a medida que se acercaban a la puerta, el dicho bonete se iba estendiendo rápidamente hácia arriba, hasta que, por fin, las puntas llegaron a la altura de una torre, que no se como vino a estar allí plantada. Una vez llegados a la altura del campanario de aquella, los casca- beles tórnanse en campanas, i el aire suena atornado por un rumor del que jamas podrás figurarte i del que no podia yo haber tenido la menor sospecha.—A este ruido asordador, corre la multitud, corro yo tambien; al vernos correr, detras de nosotros corre una cáfila de perros, i detras de los perros, otra innumerable turba de soldados, de viejos, de clérigos, de niños, de mujeres, i caballos i gatos i qué se yo que mas, que no parece sino que hubiese llegado el dia del juicio para aquella maldici- da ciudad. Empujado como era por aquella oleada de seres tan diversos i de aspecto tan espantoso, quiso, sin embargo, la fortuna, que el torrente me empujase de súbito, i con la fuerza de una billa en la tronera, dentro de una oficina, a lo ménos

así me lo pareció, en la que me quedé cara a cara con un sujeto, cuyo aspecto, aunque me era conocido, no pudo ménos que aterrarme.

Ah! amigo mio, usted por acá? Será posible que tenga yo... iba a continu así su harenga mi meloso interlocutor, cuando el pueblo amontonado en la puerta grita desesperado i furioso: ahorquemos a este pícaro, la cabeza de este escribano será la primera.

Esto oyendo, quiero encajarme dentro de un estante de legajos, quiero meterme dentro del cajon de la mesa; mas la puerta, cediendo a los golpes del populacho, cae en fin, haciendo un espantoso estruendo; i yo, cuando ya hacia mi acto de contricion para volar al cielo, o me creia ya en el paraíso, me encuentro de repente sentado en un palco del mas hermoso teatro que pueda figurarse el que ha recorrido la Europa. Una voz hechicera salida del seno de una mujer, bella como un ángel i suave como una rosa, me preguntaba en este momento ¿qué tal le ha parecido a Ud. este acto de los Hugonotes? ¿No es cierto que Rubini ha estado magnífico? Olvidado completamente de la escena aquella, i como si tal cosa me hubiese acontecido, hago memoria que la dije: oh bellísimo! este momento ha sido el mas sublime, el mas encantador de toda mi vida!

Efectivamente, el canto era celeste, la concurrencia un mundo de elegancia; i hasta el aire embalsamado parecia ser el aliento que despedía del pecho aquella reunion de májicas hermosuras.

Dios mio! yo estaba admirado de lo que allí veía, embebecido con aquel encanto, i sobre todo, absorbido en la contemplacion de aquella mujer, cuyos hechizos parecian encadenarme para toda la vida.

Jóven, hermoso, lleno de vida, ardiendo en una sed abrasadora de transportes, fácil será concebir las emociones que sentia en ese momento i graduar toda la felicidad que debia esperarme.

Apenas cayó el telon del tercer acto, la linda jóven, objeto ya de mi ternura, apoyando suavemente su brazo sobre mi hombro, i con un acento de que solo podrá tener idea el que ha leído una de esas escenas de Dumas o Sue, me dice con una sonrisa eucantadora: te sientes conmovido no es verdad por la música? Ah! si fueras como yo, el alma toda se derretiria de ternura? La música, continuó, es la lengua del alma: sin ella no creo que pudieran espresarse esos transportes que de vez en cuando la asaltan i embelesan. ¿No es cierto, Roberto lo que te digo? ¿No es verdad, alma mia? En medio del éxtasis en que me hallaba, de aquella especie de vértigo que envolvía mi alma, yo no sé qué recuerdo, qué cosa venia sin embargo a perturbar mi contento, i hacerme pensar que lo que aquella sirena me decia, era solo una quimera, una mentira. Sobre todo, lo que me hacia creer, mas que nada, que aquella felicidad era un sueño, era que mi adorada me llamase a cada momento Roberto. ¿Cómo es que soi Roberto, me preguntaba, cuando en la pila me pusieron Paciente de los Dolores? ¿De qué Roberto hablará esta mujer?

Entre tanto, aquel ángel redoblaba sus ternezas i yo, apesar de todas aquellas dudas, echábame a nadar por aquel océano de delicias sin querer pensar mas en si la ventura que alcanzaba era cierta o mentirosa.

¡I dirán que para gozar de las blandicias del amor en los brazos de la mujer que amamos se necesita de la fé, de la certidumbre! ¡Qué mentira! La certeza por el contrario de ser amados, es la que nos arrebató uno por uno los botones de esa rosa del deleite que llamamos ilusión; para probarnos sin duda que en la realidad no pueden gozarse los transportes que gozamos en la mentira.

Sea Paciente, sea Roberto, sea esta mujer verdad o quimera, díjeme en fin, no me importa, pues lo que quiero es ser feliz, bien sea recibiendo la ventura de manos de Dios, bien de las garras del diablo. Con este pensamiento, olvidéme hasta de mi nombre i adopté el que mi amada había querido regalarme, diciéndome i diciéndola: sí, soi Roberto i no Paciente, i este nombre me augura ya que la suerte me espera con nuevos juegos i primores, con nuevos caprichos, que de cierto jamás habrá saboreado ningún Paciente de cuantos existen.

Sin embargo de esta plenitud de dicha, de este propósito de ser feliz, aquella curiosidad innata de mi carácter no había podido extinguirse ni a favor de las esperanzas ni de los halagos del placer. Sí, a pesar de todo lo que me prometía al lado de aquella mujer, a quien me consideraba ligado de por vida, i no como puede figurárselo el que vive en nuestra sociedad, sino el que habita un mundo no tiranizado por las leyes, no coartado por las costumbres, ni ménos embarazado por esas mil tranquilas i cortapisas que el hombre mismo ha inventado para hacer espinosos hasta sus más fugaces instantes de contento; esa curiosidad, repito, conjénita en mí, ese deseo de observar los hombres bajo el aspecto de la política, me ocupaban con todo, i me hacían desear que aquella hermosura no me distrajesse tanto con sus hechizos del móvil primero de mi correría.

Catalina, le dije, (¿por qué no había yo también de bautizarla a mi gusto así como ella lo había hecho conmigo sin echarme el agua?) Catalina! la repetí, tus palabras me perturban la razón, me enloquecen: tus ojos me incendian con un fuego desconocido hasta ahora para mí; pero hija, si quieres no hacer de mí un loco rematado, te suplico en nombre del mismo afecto que me juras, que des a tu conversacion otro jiro, a tus miradas otra dirección para poder así observar la sociedad en que me encuentro.

No sé el efecto que produjeron estas palabras en su semblante tan vivo i apasionado; pero lo que sé es que me dijo: es muy natural tu curiosidad, así ni te culpo por ello, ni dejaré de hacer por que la satisfagas a tu antojo.

Gracias, Catalina, gracias: una mujer como tú no puede ménos de ser bondadosa. I puesto pues que quieres cumplir mis deseos, díme lo primero, qué personaje es aquel que veo en ese palco de enfrente. Por su traje no es otro que el rei, pues lleva banda i cruces; mas su cara me hace dudar que lo sea, segun es de vulgar i antipática.

—Has pensado muy bien, contestó mi dama, ese que ves ahí, i que te parece tan mal, es el soberano de este pueblo. Esos hombres que lo cercan son sus ministros i sus edecanes, sus lebreles, diré mejor, pues ellos son los que sirven para levantar la caza de la opinion i hacer que él pueda acertar contra ella sus tiros.—En efecto, son sus minis-

tros, no hai duda: las caras lo están diciendo. Pero lo que noto, es que, apesar del estiramiento de esos personajes, del aire de importancia que toman, algo de pequeño, de fátuo, de pueril se nota en su semblante.—En efecto, esos que ves allí, son ministros pero *in nomine*, son unos espantajos con que el monarca se entretiene i de los cuales se vale para que el poder ejecutivo no sea descaradamente ejercido por su voluntad omnimoda i sin coto.—¡Qué! el soberano este es déspota? Su cara no me dice que lo sea; me releva solo que es imperioso, amigo de hacer su voluntad sin cortapisas, pero al mismo tiempo dividido en él un no sé qué que me manifiesta que es un hombre incapaz de atropellar las leyes.—Efectivamente, no es déspota a la manera que lo entendemos nosotros los monarquistas, no es un tirano a la manera de los que se ven en la América Española nó, nada de eso, pues su tiranía no es franca, abierta, cínica como la de nuestros monarcas. Nó, ese despotismo no consiste en el atropello violento de las leyes, en la consumacion de sus caprichos, en el alarde de su fuerza, nó, nada de eso, te repetiré hasta mañana, su despotismo es barnizado con ese unto de la legalidad que, como sabes, dá apariencias de justicia a los actos más abusivos.—¿Entonces el hombre que veo allí, apesar de su aspecto que nada revela es una gran cabeza, un hombre de estado en la estension de la palabra? Tampoco, hijo, te equivocas: ese hombre es solo un hombre que nos conoce, un hombre que hace cuarenta años que nos estudia i que ha llegado a convencerse que nosotros la única tiranía a que nos amoldamos gustosos es a la tiranía embozada de la jurisprudencia.—¿En ese caso, i segun tú me dices, el pueblo lo amará no hai duda? Amarlo! qué disparate! El pueblo! otro disparate todavía mayor! ¿Pero de qué me hablas? ¿Qué significa esa voz que acabas de repetirme? Pueblo! el pueblo! ¿I dónde está? ¿Lo ves acaso? ¿O te figuras que el pueblo son esos elegantes que ves allí armados de sus anteojos i prendidos como una griseta endomingada? ¿O creerás que el pueblo tal vez son esos militares que allí divisan con su chafarote al lado i los que solo han sido hasta aquí el apoyo del despotismo?

—Pero hija, vamos despacio: *pueblo* llamo yo, i llamarán todos los republicanos, a las multitudes, a esas turbas en quienes están encerrados los derechos de la asociación, los fueros de la soberanía que son inherentes a su existencia: la fuerza en fin que da vida a esto que llamamos *Estado*.—¡Ja! ja jaa!!!—¿De qué te ríes, Catalina? Sabes que esa risa me hiela?—Te hiela i descompone i hace desmayar, lo sé, esta verdad que todos los hombres de tu clase no quieren ni han querido comprender jamás. Me hablas de *turbas*, de *multitudes*, de *masas*, de *asociación*, de *soberanía nacional*, i sin embargo, esas turbas i esas masas no saben lo que son, no piensan, no razonan, no conocen ni siquiera la fuerza brutal que reside en su estendida i hercúlea musculatura. Esas multitudes, te digo, son un conjunto de imbéciles, de seres sin alma, verdaderas máquinas que ceden a los resortes mecánicos que les imprimen movimiento.

No por Dios! eso que dices me espanta, me saca de tino: no, no: tu no sabes ni puedes comprender, como que eres una mujer, toda la

magnificencia, la grandeza que Dios ha concedido a esas olas de ese mar humano que llamamos *turbas*, por no decir *todos* que es el nombre que deben tener. Si no es así ¿cómo me explicas esa carrera que siguen los pueblos i que se llama *perfectibilidad humana*? Si esas multitudes imbeciles que tu llamas no son nada ¿cómo me explicas tampoco ese empuje que arrastra a la humanidad hácia el bien, i que permitirá al fin que ella llegue al puerto de la felicidad algun dia? Ah! esas *masas* que denigras, son las ondas que empujan al bajel que llamamos *humanidad*: sin ellas hace cinco mil años que habria encallado en los bajos: sin ellas, repito, el mundo no habria pasado de ser una pieza en un acto, cuyo ridículo desenlace no habria sido otro que la glotoneria de Eva. ¿I quieres mas pruebas todavia de lo que es el *pueblo*, tal cual yo lo concibo? Pues bien, esas *masas* son la sangre que da vida a las naciones ¿i cómo si es así pretenderias que ellas existieran privadas de este elemento indispensable de vida, de este agente sin el cual no solo el hombre no puede existir, sino que es imposible suponer la idea de la vida?

—Ja! ja! jaa! jaa!—Si ries así, Catalina, te lo digo por la última vez, te dejo i..... Al decir esto dispúseme a tomar mi sombrero; mas mi bella con una sonrisa en que estaba pintado un sentimiento parecido a la compasion, tomándome suavemente por el brazo hizome sentar a su lado, i arreglando su voz lo mejor que pudo para que penetrara en mi alma, continuó: tu tienes un noble corazon Roberto; pero eso mismo es causa de que no conozcas el mundo, de que ignores lo que son los hombres, de que no sepas apreciar sus obras, de que no puedas penetrar en el móvil que las produce.

—Si, tienes un noble corazon, i por eso es que te amo i quiero unir mi vida a la tuya.—Si, Roberto. eres demasiado bueno para ver el fondo de esta que juzgas en tu delirio transparente laguna. Ah! tú no sabes (i en esto solo ya eres feliz todo cuanto puede serlo un mortal) lo que es la sociedad, lo que son sus leyes, lo que valen sus instituciones. Me hablas del *pueblo*, me cuentas su grandeza, me pintas sus esperanzas, me retratas su poder irresistible, i sin embargo la historia te está diciendo lo que es ese *pueblo* en todas partes i lo que ha sido en todo tiempo. ¿No recuerdas lo que fué la República Romana? Valor, pureza, patriotismo, todo tuvo esa nacion que llegó a ser la señora del mundo; pues bien ese valor, esa grandeza ese patriotismo, esa libertad tan envidiada produjeron a Cesar, primer embrion de ese monstruo del imperio que aplastó para siempre tantas glorias. ¿No recuerdas tampoco lo que fueron esas repúblicas Griegas? ¿Lo que fué Esparta, Atenas cuyas Instituciones todavia se quieren poner como modelos? Pues bien, la anarquía las destrozó, i Solon i Licurgo no fueron sino dos jenios candorosos que no supieron ni lo que es el corazon ni ménos lo que son los hombres colectivamente. Si estos ejemplos no te basta, ve la España: de la anarquía al despotismo, del despotismo a la anarquía, esta ha sido su constante carrera, por mas que veas de cuando en cuando como en los linderos que separan nuestros caminos, los nombres de Isabel, de Carlos V, de Colon, etc., escritos en letras de diamante. ¿Dónde ha estado pues ese pueblo que me

invocas? Cuáles han sido sus obras? ¿Por ventura llamarías *pueblo* a las huestes Españolas que llevaron sus pendones a Milan, a Nápoles, que sojuzgaron a la antigua Lusitania, que descubrieron i poblaron el Nuevo Mundo, que destrozaron a sus pacificos habitantes i que coronaron la servidumbre de su patria con el brillo de sus hazañas i el inaudito escándalo de sus crímenes? ¿Llamarías asimismo *pueblo* a la mano fatal que empujó a la Francia a la gran revolucion, i despues la llevó para que sirviese de escabel al tirano que la diezmó por cubrirla de laureles? Llamarías, te digo, *pueblo* a esa mano misteriosa cuanto terrible que volvió a colocar en el trono que se llama de San Luis a un descendiente de aquel gran déspota? Si no te bastan estos hechos, vé la América: el *pueblo*, segun tú, fué quien hizo la revolucion de su independendencia, i el pueblo, segun tú, tambien, ha sido quien ha dado poder a los mil feroces tiranuelos que la despedazan, que la envilecen i que, si por ellos fuera, la volverian otra vez a la nada.

Pueblo! soberanía nacional! derechos imprescriptibles e inalienables! Poderes públicos! Representacion nacional! Vanas palabras, ilusiones preciosas que no tienen mas vida que en el papel, que no tienen otro teatro que el cerebro de los buenos, que no tienen otros defensores que los corazones de los justos! ¿Crees tú, que yo no creia tambien en esas preciosas quimeras, hijas de la pureza del alma de los mui pocos que nacen a la vida? Sí, yo creia que la justicia, que la libertad, que los derechos que brotan de su fuente podrian aclimatarse en la tierra: que el bien era el fruto de estas plantas divinas; mas cuando he visto que, para solo preparar la tierra en que debía plantarse, ha sido necesario arroyos de sangre, i que por fin, en premio de tantos sacrificios no se ha sacado otra cosa que nuevos i mayores tormentos; he creido, me he convencido, que lo que llama el hombre *su bien* no es sino una mentira, que lo que juzga *su gloria* no es mas que su cadena, que lo que ama sobre todo otro amor, no es sino un infierno, i que lo que espera en su delirio, no es otra cosa que un sueño, cuyo despertar es tanto mas horrible cuanto bellas han sido las ilusiones de ventura que lo han adormecido durante su letargo.

Oyendo esto, la sangre toda de mi cuerpo parecia que se agolpaba como un torrente a mi cerebro: i que el teatro aquel, apesar de sus luces i su concurrencia, i sus encantos, i sus perfumes, comenzaba a rodar como un globo en el espacio, que empujado por el viento que atizaba cada vez mas la llama que lo suspendia sobre la tierra, ora queria precipitarse a los abismos, ora remontarse hasta quedar hecho ceniza en el encuentro osado con el rei de los incendios.

Por supuesto, el susto, el pasmo que aquella prodijiosa situacion debió imprimir en mis nervios es indescriptible: yo volaba, yo ardia, yo atravesaba el espacio, i en medio de ese arrobado de ese terror mezclado de placer, ya me parecia que al ver sólo la cara del sol, todo mi ser iba a convertirse en pavesa, ya se me antojaba que precipitado como una flecha sobre la tierra, no solamente iba a volverme polvo sino a perderme en sus abismos.

Corriendo así, corriendo, como te digo, por una inesplicable contradicción, por cuanto yo creia que

corria hasta el cielo, vengo a caer sin hacerme el menor daño, i con una suavidad la mas majestuosa, i que nadie podrá concebir, sobre la misma mesa de en medio, de un gran salon lleno de jente, de personajes, de militares, de mujeres, que al verme llegar en aquella postura me reciben todos a una con este grito: aquí está pues nuestro don Paciente! Bravo! bravo! bravo! Entretanto yo ví que uno de los circunstantes principiaba a darme vuelta la cabeza i a gritar: traigan fósforos para encender la mecha: ya está preparada la lámpara.

¿Dios Eterno, qué es esto, me decia yo entretanto? ¿Quién soi yo? ¿Cómo es que me he convertido en lámpara solar? No obstante estas preguntas, sentia que me habian encendido, que relampagueaba, que iluminaba como el sol todos aquellos vastos salones i que todos decian: el gas es el descubrimiento mas magnífico que ha habido en este siglo de las luces! En este estado, i creyéndome ya un luminar, tambien me repetia ¿cómo dicen que el fuego es la mayor pena que tienen que sufrir los condenados? Yo ardo i soi mecha encendida, i sin embargo yo no sufro, yo no peno. En este momento una voz que no conocí, pero que me pareció masculina, me interrogaba: tome Vd.: esto le debe agradar, son helados de limon.

—¿I cómo tomo si soi lámpara, me repetia otra vez? I la voz contestaba: las lámparas tambien toman helados. En fin, yo tomé helados, segun recuerdo, i sé que al dar la copa, otra voz dulce como el canto del ruiseñor penetraba en mi oido con esta pregunta. ¿Qué estás cansado? Has dormido durante todo el cuarto acto i a la verdad que lo siento, pues habrias gozado de la música mas encantadora que puede existir.

—¿He dormido, contesté? Sí, Roberto, i tan tranquilo que no quise recordarte. Pero, hijo, qué sueño! Cuarenta violines i doce contrabajos no han sido suficientes a turbar tu letargo.— Ah! eres tú Catalina! Oh! perdona, mi alma, que te haya dejado un instante sin conversar; sí, perdóname, pues como estoi recién llegado i he caminado en coche cien leguas, no es extraño que haya cedido al peso del camino.

—Oh! por perdonado, contestó ella; pero lo que es preciso es que no te duermas en el acto que queda que es el mas hermoso de la pieza.

Dada mi palabra de no volver a cerrar los ojos, comencé a seguir la conversacion que mi sueño habia interrumpido.

—I bien, mi linda Catalina, ¿qué fué lo último que tú me dijiste? ¿Cuáles fueron tus palabras con que terminaste aquella especie de filípica contra las instituciones liberales?

—No hablemos de eso, hijo, no hablemos mas de eso, me replicó entristecida, pues sé que esa conversacion te mortifica.

—Sí, dices bien; mejor será que me digas quienes son esos caballeros vestidos de negro que diviso en ese palco que enfrenta al del soberano.

—Esos son los municipales, los miembros del ayuntamiento. Sí, así parece; el traje indica que son los miembros de ese poder que ha sido en todas partes el mas decidido campeón de las libertades públicas.

—Dale con los campeones i con las libertades! los pobres no son mas que municipales i nada mas.

—¿Cómo municipales i nada mas? ¡I qué! ¿Juan de Padilla no fué tambien comunero i pereció en

un infame patíbulo levantado por la tiranía de Carlos V?

—¿I qué tiene que hacer eso, continuó mi compañera sonriendo, con los hombres que ves allí? Ese Padilla fué en realidad un héroe, el postrero de los españoles que murieron en ese combate de la libertad contra la tiranía; pero, hijo, ese Padilla no ha dejado sucesores; ha sido como esas rosas que una vez reducidas a polvo llevan su aroma al cielo. Sobre todo, ¿en qué siglo crees que te encuentras? ¿Qué no sabes que estamos en la mitad del XIX, en el corazon del siglo del vapor, de las máquinas, de los telégrafos i de los intereses materiales, como se llama a la muerte del entusiasmo i de la gloria?

Ademas tú te olvidas de la nacion en que vivimos: estamos en un pueblo.....

Un golpe de orquesta puso fin a aquel discurso: la música llevó los acentos de Catalina como aquel sueño habia llevado las imágenes que yo me habia finjido acerca de la libertad, de los poderes públicos i de todas las quimeras con que nos aletargamos en la desventura.

Dos voces semejantes a la de los querubines cantaban el duo de los Puritanos: hacian vibrar aquel lugar con los gritos de libertad; pero ese canto léjos de hacer latir mi pecho como acontecia, no hizo otra cosa que arrasarme los ojos en lágrimas i hacerme decir a mi hermosa Catalina; vámonos, hija: ya estoi cansado de mis ensueños, ya no creo sino en lo que me has dicho, ya me cansa oír esas palabras de engañosa ventura, con que hasta aquí no he hecho otra cosa que torturarme.

Sin esperar mas, mi hermosa dama dióme el brazo i saliendo sin hacer ruido de aquel hermoso teatro de tantas emociones, de tantas ideas, a cual mas bellas i desgarradoras, montamos en una berlina que a galope tendido nos llevó a un hotel, como se llama hoi al palacio, de que era dueño mi acompañante.

El sereno cantaba las once i media anteponiendo esta palabra; *ave María Purísima*, en el momento de desmontarnos.

—¿Qué es esto, dije? ¿Cómo es que este ingles canta en castellano? ¿Será verdad, mi alma, que esta lengua sea hoi la que da la norma en todas las naciones, que sea hoi como fué ántes el latin o ha sido no ha mucho el frances, el idioma universal de toda la Europa?

—¡Nó, qué castellano, dices! Decia solo la hora. El castellano solo sirve de lengua a la desgracia; los pueblos que lo hablan son los mas infelices del globo: sí, esa hermosa lengua que segun Carlos V sirve para hablar con Dios, solo vale hoi para espresar el desengaño i la desdicha.

—Vamos, hija; vamos, repliqué, el frio de la calle me hace mal, tiritó a mi pesar. Así hablando, subimos una larga escalera: ella apoyada en mi brazo i llamandome: mi Roberto, mi *esposo*, mi *marido* idolatrado: ahora por fin soi feliz!

Esto de esposo me heló la sangre: esta palabra de marido me anonadó, i fué tanto que apenas pude tartamudear esta frase: ¿I cómo? ¿Qué no sabes que soi casado en mi tierra i que tengo una cáfila de hijos?

—No importa, la lei de este pais te permite casarte cuantas veces quieras.— Oh, esto es horrible, añadí. ¿Casarme, dos, tres, cuatro veces! ¡Oh! nó,

esto es todavía peor que la pérdida de las libertades públicas i que todo el infierno reunido. ¡De ninguna manera!..... quita! déjame, te aborrezco!....

Con estos improperios i otros todavía mas acres, desprendíme de mi dama, a quien desde ese momento se me figuró una Euménide i echándome a rodar escalera abajo, caigo dándome un feroz costalazo, como se dice, contra las piedras.

Al ménos mas vale estar derrengado que no caído, exclamé entre mis jemidos: al ménos así podré morir sin dejar a nadie riendo del difunto i gozándose con la idea de poder en lo sucesivo llenar el hueco que yo hubiere dejado. De este diálogo conmigo mismo, sacáronme por fin dos hombres que yo tomé por policiales, los que tomaronme en brazos i condujéronme a una cama, a cuya cabecera volví a ver a aquella mujer, que ya conoces con el nombre de *Casualidad*, i a quien el destino no sé porque me habia ligado para siempre.

—¿Quieres agua? me dijo ésta?

—¡Agua! ¿Serías tú tambien como esa pícara de Catalina, que despues de haberme enfullinado con sus mentiras salió con que era yo su lejítimo marido?

Si es así, no quiero tu agua, ni tu nada, que hai agüitas que salen caras. Con esa sonrisa que ya le coloces, la pobre *Casualidad* dícame entónces: toma agua, te digo, tú necesitas agua para calmarte un poco del susto que te ha ocasionado la pesadilla que acabas de pasar.

—Bueno! tomaré agua i tomaré veneno, si quieres; pero díme primero que no eres mi mujer, que es lo que yo no quiero tomar, aunque me ahorquen.

¡Qué mujer! ni que calabaza! Tú eres libre, tú eres don Paciente de la Verdad el soltero, el jóven, el hermoso, el hombre de la *varilla de virtud*, i yo solo, la dama de la fonda, tu amiga, la pobre *Casualidad*, que te acompaña en tus correrías sin interes, que te quiere sin correspondencia i que te dejará, si es que te incomoda.

En efecto, dije sentándome en mi cama, sí, yo soi el hijo mimado de la fortuna: el que tiene en su mano el poder para hacer lo que a ningun mortal es permitido. Pero entretanto me repetia despierto: ¡Cómo es, que si soi así, he sufrido tanto? Ah! es que los Dioses de la mitología sufren como hombres i tienen que sujetarse como esclavos a la *Fatalidad*.

Esta palabra fué la última que sonó en mis labios ántes de sumerjirme otra vez en el mundo de los sueños.

Continuará.

Edith.

(Continuacion.)

Lady Claver se conmovió al ver la espresion con que habia pronunciado Estévan estas palabras.

—Sois injusto, señor Vivian, dijo élla, al pensar que vuestros servicios i vuestra posicion no despiertan ya simpatias: conozco a vuestros amigos i sé mejor que nadie que miran vuestro destino con interes.

—¿I quiénes son esos amigos desconocidos, milady, para manifestarles el reconocimiento que les debo.

—¿Es necesario que os los nombre? no conoceis pues ni a Lucy, ni a mi padre, ni.....a mi misma? añadió titubeando.

—¡Vos, vos, Edith! os contais aun en el número de los que me aman?

—Sin duda; pero esto no debe haceros olvidar que ya no existe Edith para vos en este mundo, i que es solo lady Claver quien os habla. Acontecimientos que no quiero recordar, nos han separado, señor Vivian; pero el destino no nos negará al ménos que nos profesemos una afeccion desinteresada; i esta afeccion os la ofrezco, si consentis en arrojar un velo sobre el pasado, para no pensar sino en un porvenir glorioso. Responded ¿puedo tomar vuestra mano i estrecharla como la de un hermano i amigo.

Estévan profundamente conmovido llegó a sus labios la mano de lady Claver.—Disponed hoi como siempre de mi sangre i de mi vida! le dijo: en las pocas palabras que acabais de decirme encuentro una felicidad que desde largo tiempo no he experimentado: pero ¿no podré, alguna vez al ménos, dar el nombre de Edith a mi noble amiga, por siéndome ya imposible pronunciar cualquiera otro?

—Cuando la voz pública i la estimacion de vuestro jefe hagan saber a Lucy i a mí que sois digno aun de nuestro cariño, encontraréis aquí todo lo que podais honrosamente desear. Miétras tanto, separémonos, señor Vivian, porque lady Claver no debe tener que ruborizarse del empeño que Edith acaba de tomar contraer pocos momentos.

VII.

Con un sentimiento de calma i felicidad, que nos seria difícil esplicar, lady Claver habia doptado al fin la resolucion de no ser ya para Estévan sino un guia i una amiga. ¿Qué direccion mas noble se puede dar en efecto, a la influencia que la mujer sabe siempre ejercer sobre un hombre de corazon, que la de las virtudes públicas i de todas las acciones brillantes? ¿qué satisfaccion mas dulce que la de inspirar, por su opinion o su pensamiento, grandes resoluciones, saber que es el fin oculto, el faro desconocido, la estrella ignorada a los que un hombre distinguido lleva todas sus esperanzas, que comprender que con una sola mirada sabrá imponer el valor para los sacrificios heroicos? No hai duda que para la mujer es el mas alto destino, el poder moral mas digno de envidia. Lady Claver lo sentia en este momento, i ademas pensaba que era la única vía que le quedaba por dónde conservar con Estévan relaciones puras e inocentes, que aun la podrian consolar i que le vendrian a ser necesarias. Se trazó un plan de conducta sobre estas bases que creia fijas e invariables, i resolvió no desviarse jamas una línea de ellas. Este proyecto le volvió el reposo de su conciencia, i muchas veces sin desconfianza volvia a ver a Estévan cuando acompañaba a Lucy al palacio Lushington; i aun sin remordimiento lo dejaba aproximarse a su marido i cautivar su amistad, lo que consiguió fácilmente. Lord Claver sabia que Estévan era hermano de la señorita Vivian, por la que sentia tanta admiracion como cariño, así fué que lo acogió con una extrema bondad que mui pronto llegó hasta ser una intimidad afectuosa. Lady Claver ya no huia

las miradas de Estévan; poco a poco se acostumbró a dirigirle la palabra i a responderle por una sonrisa. Era feliz cuando entraba al salón i sabia que lo encontraría allí. Una comunicacion invisible i casi magnética se establecia entre ellos: de antemano sabia el momento en que iba a tomar la palabra, i él por su lado parecia esperar que ella le diese la señal. Lady Claver no experimentaba aun ningun escrúpulo al ver formarse esta ligazon misteriosa con la que queria asegurar mas sus proyectos de razon i prudencia; no dudaba de los peligros con que podia tropezar con frecuencia una mujer en este papel tan difícil de *mentor*, que ella pretendia ejercer cerca de un hombre lleno de juventud, de cariño i ardor.

Estévan por su parte se mantuvo fiel a todos los compromisos que habia contraído. Volvió a tomar su servicio con actividad, i como era de alto nacimiento i tenia mucho apoyo cerca del ministro, un grado importante fué pronto la recompensa de sus trabajos infatigables. El *Morning-Herald* le llevó una mañana esta noticia a lady Claver, i en la misma noche ella se aproximó a él i le habló sobre esto sin temor ni embarazo.

—Es eso todo? le preguntó él tristemente, i la recompensa que ambiciono no vendrá a pagarme de los esfuerzos que he hecho por obedeceros?

—Yo no he olvidado mis promesas, Estévan, le respondió ruborizándose: Edith es feliz, i es ella quien os felicita con sinceridad por vuestra nombramiento.

—Gracias, gracias, Edith! se apresuró a contestarle; pero lady Claver se alejó i evitó encontrarse cerca de él durante el resto de la noche.

Mientras tanto Estévan, habia recobrado todos los derechos de feliz privilegiado, que poco antes del matrimonio de lady Claver le habia creado tantos celos; así fué que sintió una inesplicable felicidad cuando volvió a encontrar cerca de Edith, esa intimidad familiar que él creia haber perdido para siempre; pero mui pronto pareció no bastarle esta felicidad, i se volvió sombrío, taciturno, i los mismos síntomas que antes habian aflijido a su hermana, se mostraron de nuevo en él.

Un dia que se encontraba solo con las dos jóvenes i que parecia mas abatido que de ordinario, lady Claver levantó los ojos sobre él.—¿Qué tenéis Estévan? le preguntó: hace algunos dias que no sois el mismo i el cambio que se ha operado en vos es notado de todas las personas, aun las mas indiferentes.

—Oh! La indiferencia que me rodea, decis bien, es lo que me mata, respondió.

—¿Estévan! interrumpió Lucy con un tono de reconvencion.

—Me habíais prometido mostrar mas perseverancia, replicó Lady Claver, ¿querríais hacerme arrepentir de la confianza que he puesto en vos?

—El silencio que me imponeis, Edith, pesa sobre mi corazon i lo despedaza: no puedo ya guardarlo mas tiempo.

—No olvideis sin embargo, dijo ella con una dignidad severa, que hai palabras que Lady Claver no debe oír, i que seria la señal de una separacion eterna.

Vivian hizo un jesto de desesperacion; Lucy se levantó, se aproximó a él i depositó un beso sobre su frente. Vamos, vamos, dijo, desechemos esas ideas, bello paje, i puesto que eres para nosotros

un caballero tan fiel, probad vuestra docilidad leyéndonos, por ejemplo, alguna cosa agradable. Veamos; que libro es ese que manoseas i atormentas desde hace una hora con una distraccion tan desapiadada?

—Las melodías de Tomas Moore, me parece respondió.

—Mui bien: leednos algunas estrofas, os escucharemos con placer.

Vivian pareció titubear un momento: luego cambió de idea repentinamente, abrió el libro, lo ojeó durante algunos instantes como si buscara el pasaje que queria leer, i despues de haberlo encontrado sin duda, leyó el fragmento siguiente:

Si hai algun bien que la existencia halague,
Que haga brotar feliz a la esperanza,
Es, Elina, el amor! es la confianza
En el sombrero, incierto porvenir.
Mas ¡ai! no es duradera la ventura
Mas que lo es el aroma de una rosa;
I el alma, al fin, se oprime fatigosa
Para despues de padecer morir.

¿I me habláis de ventura, flores bellas,
Que perfumais el valle i la colina?
¿I me hablas de quietud, tú, cristalina
Fuente que dulce por el prado vas?
Mentira! ya no os creo, ya conozco
Que solo dais astutas un veneno
Al incauto que os lleva sobre el seno
Creyendo el corazon tranquilizar.

Esto escuchando la amorosa Elina
Del labio que otro tiempo la halagaba,
Que amor i mas amor siempre la daba.
Sin poder mas sufrir, se echó a llorar.
Tú lloras! le replica entonce Alberto,
I esa lágrima tuya es un veneno,
Es de tu corazon el turbio cieno
Que no puedes, traidora, sujetar.

Diciendo así el galan, va presuroso
Hacia una roca, mide la distancia;
I lleno de valor i de arrogancia
Se arroja a los abismos de la mar.
Elina que lo vé, corre a salvarlo;
Mas al ver a su amante sumerjido,
Entre las turbias ondas ya perdido,
Sobre el suelo cayó sin mas hablar.

Pasados unos dias, lentamente
Hacia el mismo lugar se encaminaba
I dicen que la mísera escuchaba
De su Alberto infeliz la triste voz.
Allá voi! respondia: espera! espera!
Mas dicen que otra voz tambien se oía,
Que Elina, adios! adios! la repetía,
Para despues rodar en ronco son.

Vivian habia leído con sentimiento i espresion: poco a poco Lady Claver dejó caer su labor sobre sus rodillas, i para disimular mejor su turbacion, ocultó la cara entre sus manos; pero las lágrimas que se escapaban de sus ojos vinieron pronto a revelar lo que experimentaba.

—¿Edith, llorais! le dijo Estévan precipitándose a sus rodillas.

—Levántate, levántate, hermano mio; exclamó Lucy asustada; siento que vienen el señor Lushington i Lord Claver!

En efecto, algunos segundos despues entraron ámbos en el salon.

Esa misma noche, Edith fué donde lord Claver

i le dijo que su médico le habia ordenado, como una medida de salud, que fuese a pasar algun tiempo en el campo; le dijo tambien que queria aprovechar esta ocasion para visitar sus propiedades, que él mismo no habia vuelto a ver despues de su vuelta de la India, i que ella aun no conocia. A la mañana siguiente escribió un billete a Lucy con el fin de prevenirle su viaje, i partió para Claverhouse con su padre i su marido.

(Continuará.)

Crónica de la Semana.

SUMARIO.—Un lapsus linguæ oratorio. Palabras de dos sentidos.—Un terremoto que parará en un chubasco de desvergüenzas.—Bailes para el diez i ocho.—La patria debe estar agradecida.—El nuevo juego de chirlos.—El proyecto de la Conferencia.

Si los oradores están espuestos a *lapsus linguæ*, o a que se les vayan las patas, como dicen otros, que toman las cosas desde abajo ¿qué estraño es que a cada uno de nosotros se nos vaya el santo al cielo cuando ménos lo pensamos?

Decimos esto, recordando que en la sesion en que se aprobó el proyecto de lei de responsabilidad civil, se dijo por algunos señores, que el jeneral don José Francisco Gana, al combatir la lei lo habia hecho solo por conquistarse popularidad. ¡Ah canario! si esto no es un *lapsus linguæ*, venga Dios i véalo. Sí que lo es, i tanto que algo darian esos señores por recojerlo. Pues no que no! confesar paladinamente que combatir la lei, que trabajar por anularla es una obra conforme a los deseos de los buenos ciudadanos, a las aspiraciones de todos los hombres de pensamiento i de corazon ¿no es, digásenos, hacer con esas mismas palabras la acusacion del tal proyecto?

Si la conducta del Jeneral Gana es popular, la lei debe ser, por el contrario, impopular: no hai remedio. Luego ¿qué mas condenacion se quiere que el sentir de los mismos señores que la han defendido con tanto calor i que la han aprobado (como se deduce de sus propias palabras) contra los deseos que todo el mundo abrigaba?

Pero nó, dicen los que gustan de hacer una maraña de todo lo mas sencillo, unas tinieblas de todo lo mas claro, la popularidad tiene dos sentidos; la popularidad puede obtenerse o bien lisonjeando los malos instintos de la multitud, o bien estraiviando la razon pública por el camino del sofisma.

Los que así piensan, de seguro que cuentan mui poco, tal vez por que no la conocen, con la conciencia humana, con ese buen sentido que vive en las multitudes, i por el que se ha llamado hiperbólicamente la voz del pueblo, la voz de Dios.

Aunque creémos que los pueblos pueden a veces engañarse, que no siempre su voto es el mas justo i razonable, creemos tambien que es mas fácil que se cieguen los partidos, de suyo obstina-

dos i crueles, que se ilusionen con mas razon unos cuantos hombres que no la jeneralidad de la sociedad, en cuyo conjunto existe la razon universal formada por el contingente de luz que trae cada uno de los que la componen.

Contrayéndonos a lo dicho, digan lo que quieran las plumas encargadas de filosofar sobre la metafísica política de las palabras, la lei que ha aprobado el senado es impopular; i en esta impopularidad, no hai ni ilusiones, ni engaños, ni juicios maleados por la perversidad i la malicia, sino únicamente razon, que por fortuna está de sobra al alcance de todas las personas que tienen ojos.

Lo que decimos es tan verdadero, que se nos asegura que varios diputados harán oír su voz en la Cámara, aunque mas no sea que para dar expresion al sentimiento de justicia que los anima.

Tendrémos, pues, un terremoto de discusion, en el que lloverán, como va siendo costumbre, las invectivas i los sermones, i las jaculatorias por remate de fiesta.

Pero todo esto es nada comparado a la satisfaccion de dar ensanche al pecho cuando se halla recargado de acentos tan nobles como la justicia que los inspira. Vendrán las pullas, vendrán los sarcasmos, i la lei pasará quizás como ha pasado ya en la Honorable Cámara de Senadores.

¿A qué quedarán, pues, reducida la elocuencia, a qué los buenos sentimientos, a qué las aspiraciones del patriotismo? A qué? A puro viento, a verdaderas *nugæ canoræ*.

He entrado, lector, con este paso tan sério para imitar aquellos bailes antiguos en que se principiaba por el minué, aunque despues concluyese a risotadas i trompiscones.

He empezado, pues, como un redactor hecho i derecho, filosofando sobre la *popularidad*, tema que se presta a mas artículos que comedias escribió Lope de Vega i que insultos puede lanzar un cronista: sí, he comenzado metiéndote por fuerza en el laberinto de las consideraciones de la política, i mas que en eso, en asuntos oratorios que de seguro deben fastidiarte como un bostezo. Pero era necesario que así fuese: el Duende tiene tambien corazon i es chileno i sabe donde el zapato le aprieta tan bien como cualquiera de esos que se sientan en sillas curules i hacen leyes de sus ocurrencias.—Así, pues, perdóname i vamos a otra cosa.

Has de saber que he oído en estos dias a ocho personas lo ménos, i mui verídicas, que tendrémos en algunas casas de las principales de Santiago unos cuatro o cinco bailes, para los que no se reparará en gasto ninguno, a fin de que sean los mas espléndidos que hasta ahora se han dado en Chile. Se me ha contado que el primero de los dichos será en honor de las *circunstancias*, voca-

blo que no he podido ni puedo comprender absolutamente, i que esto i cierto que tú, tampoco comprenderás un punto mas que yo.

Efectivamente ¿qué quiere decir *circunstancias*? ¿Se llamará, pregunto, con este nombre a la situacion de los que están encima, o a la de los que están debajo? Si es *circunstancia* estar trepado como el Arcánjel San Miguel sobre el demonio ¿cómo es *circunstancia* me pregunto yo, la de estar debajo aguantando aquel peso? Diciendo esto a varios conocidos míos, mui duchos en la metafísica del lenguaje, me han respondido que *circunstancias* quiere decir *responsabilidad civil*, i que por lo tanto el baile no tiene otro objeto que celebrar la responsabilidad en que estamos todos desde que al Senado se le antojó echarnos esa buena tajada para entretener el hambre.

Pero hombre, les he dicho ¿qué vamos a celebrar, cuáles son los que van a merecer esta ovacion? Son los que son responsables, es decir, los ajusticiados o los que ajustician, los que pagan o los que cobran, los que conspiran o los que matan a los conspiradores? Pero todos me han respondido a una, que el baile es para todos, pues el proyecto es una rueda que hoy aplasta a los caidos i mañana puede aplastar a los empinados; lo que Dios no quiera, por que eso seria pagar con ingratitud tan buenos deseos. En fin, lector, ya tienes un baile en que entretenerte, en que soltar las piernas sin miedo, pues supongo que has de bailar con entera voluntad, como la que talvez tuvieron los que aprobaron el proyecto.

El segundo me cuentan tambien que será en honor de la *situacion reinante*, (atiende bien al título) cosa que no entiendo mas que el otro, aunque pensando bien puede columbrarse sino mui claro al ménos lo suficiente para saber el espíritu de las palabras.

Con efecto ¿qué te parece a tí que es situacion reinante? ¿Has creído, por ventura, que es lo que los médicos llaman *constitucion reinante* para indicar el carácter de las enfermedades de tal o cual tiempo? Si así has pensado, te equivocas de la cruz a la fecha, pues en la tal situacion no hai nada de constitucion ni de enfermedad sino simplemente una cosa que indica lo que es una situacion, es decir, lo que es una cosa que se sitúa, supongo encima, por que abajo no puede ser de ninguna manera, que en ese caso ya no seria situacion, sino aplastamiento; lo que por cierto no mereceria de ningun modo los acordes del violin ni del harpa.

Sea de esto lo que fuere, el baile será i te divertirás, i yo tambien que, aunque no tengo situacion ninguna, tengo un deseo loco de divertirme o mejor de aturdirme con la música i sepultar entre

sus acordes las muchas penas que me torturan.

El tercero me cuentan que será en honor del *estado de cosas*. Por el título ya podrás graduar si estas *soirées* son simbólicas i si merecen estudiarse aun antes de haber sido convidado. Yo por mí, si te he decir verdad, creo que, *estado de cosas*, son las cosas del Estado, i por lo tanto iré de mui buena gana, pues el nombre es de buen agüero. Si señor, veremos las *cosas del Estado*, las bailarémos, las gozarémos, las comerémos, i al fin harémos con ellas lo que hacemos con las propias; que ello al cabo la nuestra es una república, i por supuesto está como una tortita para que todos la comamos sin arañarnos ni disputarnos sus migajas.

El cuarto me aseguran asimismo que será en loordel *orden de cosas*; lo que, como ves, no es otro que las *cosas del orden*, cosas que nos gustan tanto a todos por lo bonitas i sabrosas. Si lector, en este tambien vamos a bailar largo, que no poca materia de contento es ver el orden en las cosas, o las *cosas del orden* acomodadas como Dios manda, i al gusto de todos, que es lo principal i lo conveniente.

Ademas de estas fiestas, se me asegura que habrán *ambigús*, cenas comilonas, i banquetes, i serenatas, i paseos a caballo en casa de algunos personajes, con el fin de celebrar lo que ya sabes.

Me han contado que en varias de estas fiestas, las alegorías no andarán escasas, pues la estatuaria, la pintura la música i hasta la pasteleria proporcionan a cual mas sus espresivos recursos.

Me han asegurado tambien, que despues de uno de estos fandangos de que te hablo, se jugará un juego raro nunca visto hasta hoy, i que se llama: *La responsabilidad de los chirlos*. Como soi curioso en extremo, he tratado de indagar hasta los mas insignificantes detalles de este nuevo juego, i por fortuna he hallado quien satisfaga ampliamente mis deseos.

Suponte tú, (no quiero guardar misterio, que la cosa no compromete a nadie,) que los jugadores echan a la suerte, primeramente el que debe poner las manos encima. Una vez decidida la posicion marcada por el destino, principia el que está debajo a tratar de dar chirlos al que está arriba i éste a mover sus manos en todas direcciones. Cansado al fin de pegar el *chirlador* yerra el golpe, i los jugadores que estaban encima aguantando los chirlos (esto no es como la politica donde el que está encima es el que pega) tornanse a su vez en enemigos; i he aquí que el juego comienza con furia, i llueven los manotones i los arañones i por último, se retiran tristes con sus manos tan inchadas como una empanada, i renegando de yapa del maldito juego que ha sido causa comun de dolores i trabajos.

Este es el juego ni mas ni menos; pero no por eso dejarán de jugarlo, que como tú sabes el hombre no es animal de escarmiento, sino bestia nunca escarmentada, sean cuales fueren los golpes que recibe o haya recibido.

Si has estado en el *Macías*, habrás visto como lo hicieron los actores, así juzgo escusado decirte, que Risso i la Fedriani tuvieron momentos en que nada dejan que desear a los espectadores.

A propósito de esta pieza te diré, que preguntando un literato a Voltaire por que se daba la *Zaira* i ya nó la muerte de Cesar, éste contestó: «por que hoi todos aman i nadie conspira.»

Esta misma respuesta damos todos sin que nadie nos pregunte nada, cuando pensamos en la tragedia del Pelayo, en el drama del Mazanillo, en la piececita del Ministro por veinte i cuatro horas, i las mil otras bonitas composiciones que están desterradas hoi de nuestro teatro, sin duda por que en ellas suenan mucho las palabras libertad e independencia, que tanto gustan al pueblo, aunque no las comprenda ni haya gozado jamas de ellas.

No será raro, pues, que para el aniversario de la patria nos den el *Sepulturero*, drama que las compañías guardaban en otro tiempo para el viernes santo, por aquello de que en uno de sus actos el atribulado amante aparece en un cuarto enlucido todo de negro e iluminado como un ataúd.

Con todo, ya que no podemos tener gusto para gritar este diez i ocho ¡Viva la patria! con toda la fuerza de los pulmones, al menos hagamos una obra buena; i esta es, i no puede ser otra por ahora, que suscribirnos para completar el número de acciones que se necesita para dar principio al santísimo proyecto de la conferencia de San Vicente de Paul, sobre formar una casa de talleres i una escuela de agricultura para niños huérfanos.

La trascendencia que esto tendrá en provecho de nuestro pueblo es inmensa, i puede verse con solo observar, que ese establecimiento pondria como por encanto no solo coto a la vagancia del niño sin padres sino lo que es mas, haria de esa multitud de seres desvalidos i dañinos muchos de ellos a la sociedad, ciudadanos probos i laboriosos, dignos de desempeñar los trabajos que les encomendase el bien del pais i por consiguiente acreedores a la gratitud de la sociedad en que viven. El pensamiento de don Manuel Puerta de Vera i sus socios en esta caritativa i cristiana empresa, es noble, es grande: no dejemos pues burladas las esperanzas de estos buenos ciudadanos, sino, por el contrario, salgámosles al encuentro, allanémosles en cuanto nos sea posible las dificultades, i habrémos conseguido por premio de nuestros sacrificios la verdadera i nunca bastante gustada satisfaccion de haber hecho entre tanto malo al-

guna cosa que redunde en beneficio del pueblo.

Este pues, será el modo mas seguro, mas bello, mas grande de celebrar el dia de la patria. La manera de festejarla en sus recuerdos gloriosos es añadir para lo futuro una idea mas a aquellas memorias tan veneradas como queridas. El diez i ocho de Setiembre si importa para Chile, es porque es el recuerdo de la primera piedra colocada en el altar de la República: hagamos pues que importe, ademas de esto, para las jeneraciones, que nos siguen, por el recuerdo tambien glorioso de haberse colocado en este dia, tambien la primera piedra del porvenir de la niñez desamparada.

Al ver como hemos venido a parar hasta aquí, ocurriéndonos aquel dicho tan cierto de que los estremos se tocan: sí, hemos principiado hablando seriamente i seriamente concluímos; pero solo con la diferencia que al principiar hubiéramos querido teñir la pluma en el hollin de la indignacion, i ahora empaparla en el amable licor de la benevolencia i del entusiasmo o si se quiere, como dice Diderot, en los colores celestes del arco iris.

¿Qué tal es el Duende, lector? Te lo pregunto, porque estoi mas contento de mí mismo que lo puede estarlo cualquiera de los que aprobaron la lei, i mas de los dos tercios de los que tendrán que aprobarla (non volente Deo) sino por seguir los impulsos de su volicion encadenada.

En esta semana hemos tenido varias defunciones, en las cuales la que mas nos ha aflijido es la del apreciable jóven don Pedro Olmedo i Toledo.

Era un excelente amigo, un hombre de bien, laborioso, útil en fin a su familia i a la sociedad: tristes, pues de nosotros que cada dia vemos desaparecer de nuestras filas a los buenos, mientras que el número de los malos parece aumentar en progresion jeométrica.

Respecto a casamientos, no te diré nada, sino que cada dia nos casamos mas con nuestros errores i preocupaciones hasta que al fin nos cazan enteramente en las redes que nos tienden la astucia i la malicia.

Sobre la prensa para que hablar: boletines van, boletines vienen, lo que ha dado que decir aquella antigua adivinanza del cerrojo, «mi tio va, mi tio viene i en el camino se detiene.»

No queremos decir con esto que el tio que va i viene se detenga, nada de eso, que viento en popa camina i llevando a su bordo toda una banda de músicos para que lo diviertan en la navegacion.

¡Dichosos los que en él se embarcan! que esos al ménos van a puerto seguro i bebiendo i comiendo mejor que los que caminamos en una mala balandra de un solo palo i, lo peor de todo, sin víveres.

Esto dicho, no hai para que despedirse sino tomar el sombrero, salirse a la Francesa sin decir palabra e irse a resollar donde nada nos oiga.

EL DUENDE.